

Introducción

En la carta a los Romanos, Pablo no procede de una manera lineal sino que escribe de una forma más bien circular. En los primeros capítulos nos explica que todos estamos bajo el poder del pecado, los judíos igual que los paganos. Por eso todos necesitamos la misericordia de Dios, y donde “abundó el pecado, sobre abundó la misericordia”. En los siguientes dos capítulos Pablo describe como este perdón llega a nosotros a través de la Iglesia y los sacramentos y como vivimos y experimentamos la ruptura del pecado dentro de nosotros mismos.

1ª Semana. Llamados a la libertad

Notas de referencia

En el libro: pag 103-104. Rom 6,1-4;15-21

Pablo insiste varias veces que del mal que produce el pecado, por la gracia de Dios sale un mayor bien, de ahí la gran esperanza de los cristianos. Naturalmente, esto no puede justificar hacer el mal bajo el pretexto de que algo mejor saldrá de este pecado (cf. Rom 3,8; 6,1.15).

Nosotros participamos del triunfo sobre el pecado a través de nuestro bautismo. El hundirse en el agua, en el bautismo, es un morir y ser sepultado con Cristo. El salir del agua bautismal es un resucitar con Cristo. Ya tenemos la vida nueva bautismal.

El bautismo nos hace libres en Cristo. En la liturgia bautismal se pregunta: *¿Renuncias al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?* Pablo insiste en esta libertad. En el bautismo Dios nos ha liberado del pecado. Ya no podemos ser esclavos del pecado, un servicio que lleva a la muerte. Tenemos que ser esclavos de la justicia, esclavos de Cristo. En la esclavitud de Cristo encontramos la mayor libertad. Así había Pablo comenzado la carta a los Romanos: “Pablo, esclavo de Cristo Jesús” (Rom 1,1).

El cristiano es libre, libre para servir a Dios y a la justicia. Libre del pecado, pero también libre de las obligaciones culturales y ceremoniales de la ley judía. Ya no se necesita ni la circuncisión, ni las reglas de la comida, ni la ley del sábado. El cristiano ha recibido el Espíritu que le hace esclavo de Cristo y libre para amar (cf. Rom 6,12-7,6).

Pautas de Reflexión:

1. ¿Nos hacemos conscientes de la vida nueva que ya hemos recibido en el bautismo?
2. ¿Cómo podemos vivir la libertad y la alegría de la fe?
3. ¿Qué sentido tiene para nosotros la libertad?

2ª Semana. El hombre, dividido por el pecado (pero Cristo y su Espíritu nos fortalecen en el combate)

Notas de referencia.

pág. 104-105 del libro "Introducción a San Pablo". Rom 7,14-25

Pablo retoma por tercera vez el tema del poder del pecado. En un primer momento habíamos visto como Dios entregó al hombre pecador al pecado y las terribles consecuencias de destrucción y muerte que causa el pecado en el mundo (Rom 1,18-3,20). En un segundo momento, vimos a partir del pecado de Adán la triste realidad del pecado original, que es difícil o imposible de explicar y al mismo tiempo evidente en el mundo que está construido sobre un sistema de pecado, violencia y muerte (Rom 5,12-21). Ahora vemos como el poder del pecado rompe, desgarrar y divide al ser humano desde dentro:

Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco... en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero.... ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de esta condición mortal? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! (Rom 7, 14-25)

¿Quién no habrá tenido una experiencia parecida a esta alguna vez en su vida? (Hago lo que no quiero, y lo que quiero no lo hago). El hombre quisiera ser bueno, pero solo no puede. Todo se lo impide, la sociedad, la historia, el mundo, pero también una fuerza dentro de él, un

desorden (El catecismo habla de la *concupiscencia*), una inclinación al mal (Cf. CEC 418, 1963 etc.). Parece que no es verdad que el hombre en su estado natural es simplemente bueno, experimentamos un desorden dentro de nosotros. Queremos y no queremos a la vez. Para Pablo, es la ley de Moisés que ha hecho mucho más claro al mundo este poder del pecado que nos domina algunas veces, y es evidente que no deja de tener poder también dentro de mí. ¿No hay solución? ¡Sí! Pero la solución no la tenemos nosotros mismos, no está dentro de nuestras fuerzas. Cristo nos ha enviado el Espíritu que nos hace vivir.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Crees que es real este poder del pecado en el interior del hombre?
2. ¿Dónde vemos la realidad del ser humano dividido?
3. ¿Cómo podemos vencer la fuerza del pecado?

3ª Semana. El Espíritu – El amor de Dios

Notas de referencia.

pág. 105-107 del libro. Rom 8,1-38

En muchos sentidos podemos decir que el capítulo 8 de la carta a los Romanos es el centro de la enseñanza de Pablo. Nos habla de varias dimensiones del don del Espíritu Santo, de esta vida nueva que regala el Espíritu de Dios. Todas las dimensiones están entrelazadas entre sí, son como diferentes dimensiones de la misma realidad. Veamos seis dimensiones en Romanos 8:

- El Espíritu nos hace libres (1-13)
- El Espíritu nos hace hijos de Dios (14-17)
- El Espíritu transforma el universo (18-25)
- El Espíritu reza en nosotros (26-28)
- El plan salvífico de Dios (29-31)
- El amor (32-38)

Vamos a ver algunos elementos:

Somos llamados a entrar en el misterio más profundo de Dios, en la vida de la Santísima Trinidad: “no recibieron un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibieron un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!” (Rom 8,15, cf. Gal 4,6) En este versículo está dicho casi todo.

Somos hijos adoptivos, por el Espíritu de Dios, que el Hijo único nos ha dado. Por esto podemos llamar a Dios: ¡Abbá – Papá – Padre! Podemos decir *Papá* a Dios porque realmente somos sus hijos. Esto es la obra del Espíritu, realidad a través del sacramento del bautismo, en el cual hemos sido transformados a imagen del Hijo Jesucristo.

Con este Espíritu nos llenamos de esperanza. Toda la creación es llamada a participar en la “libertad y la gloria de los hijos de Dios.” Para que esto sea realidad, tiene que nacer la nueva creación, y por esto la vieja está pasando por dolores de parto (Rom 8,21-22). Lo mismo vale para nosotros, somos salvados en esperanza y aún hace falta la paciencia y perseverancia, porque aún no podemos ver la plenitud de esta salvación.

Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria que se ha de revelar en nosotros... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto... Porque nuestra salvación es en esperanza; y una esperanza que se ve, no es esperanza, pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve? Pero esperar lo que no vemos, es aguardar con paciencia. (Rom 8,18.22.24-25)

En medio de esta realidad el Espíritu reza en nosotros: “De ese modo el Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar” (Rom 8,26). Podemos preguntarnos cuáles son las situaciones en nuestra vida y en el mundo de hoy que hacen “gemir” al Espíritu y gritar con palabras inefables. ¿No estará gimiendo entre tanta injusticia y violencia? ¿No gime y grita frente a los abusos, al hambre y la desigualdad? ¿No está sufriendo en toda la creación maltratada y explotada?

“Sabemos que a los que aman a Dios, todo les conduce para el bien” (Rom 8,28). Esto es verdad desde la resurrección y solo desde la resurrección: las llagas de Cristo son transfiguradas. De la misma manera creemos que las llagas de nuestra vida y de la historia de la humanidad se transfigurarán. Con esto nos podemos reconciliar con nuestras propias faltas

y con los errores ajenos; Dios puede valerse de todo esto para sacar al final un bien. Recordamos la “culpa feliz” del pregón pascual. En todo triunfa el amor de Dios.

Al contemplar esta verdad, Pablo irrumpe en una alabanza de la presencia permanente del amor de Cristo en todas las situaciones de su vida (Rom 8,31-35):

¿Qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? ... si nos da a su propio Hijo, ¿cómo no nos regala con él todas las cosas? ... ¿Quién nos podría separar del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?

Pablo no dice que el amor de Cristo nos libera de tribulaciones, angustias, persecuciones, hambre, peligros o muerte (al igual que en el Padrenuestro donde no pedimos al Padre que nos elimine las tentaciones, sino que no nos deje caer en ellas). Pablo dice que en medio de estas realidades el amor de Dios está presente. “En todo vencemos completamente en Aquel que nos amó” (Rom 8,37).

Pablo dice que vencemos en aquel que nos *amó*. Es decir, nuestro triunfo – el “supervencer” como dice el texto literalmente – no está en nuestro *amar*, porque nunca amamos lo suficiente. La victoria está en el *ser amado*, en el amor que Dios nos tiene en Cristo. Por eso:

Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna criatura nos podrá separar del amor de Dios que está en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom 8,38-39).

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Tienes algún versículo favorito en el capítulo 8?
2. ¿Hemos experimentado como Dios conduce todo para un bien?
3. ¿Cómo vivimos la afirmación que nada nos puede separar del amor de Dios?